

Fragmento

También la verdad se inventa

Fernando Delgado



Fernando Delgado



También la verdad se inventa

Propiedad de
Editorial Planeta

SUYA ES LA PALABRA

Cada uno es mucha gente.
Para mí, soy quien me pienso;
para otros, cada cual siente
lo que cree, y es yerro inmenso.

FERNANDO PESSOA

Irrumpió de pronto en el programa nocturno de radio una voz cavernosa, oscura, forzada; femenina, sí, pero bronca y viril a la vez; en todo caso irreal, demasiado sobreactuada para ser auténtica. Una voz aguda, áspera y a ratos desagradable.

Sólo se entendió que corregía a la locutora de *Suya es la palabra*. Era una mujer, se defendió; no, como había dicho Almudena Farizo antes de darle paso, un comunicante. No, no era un hombre, aclaró de modo insistente. Pero no dijo cómo se llamaba.

Almudena Farizo, la mujer de la radio en la noche, le pidió que se identificara como lo hacían todos sus oyentes. No lo consiguió. A la participante le parecía inconveniente o simplemente no quería.

—Esta voz... Es que esta voz... —se lamentaba.

—No se preocupe por la voz —la locutora quiso tranquilizarla—, todas tienen su encanto; quizá sea usted un poco inconformista.

—Si no lo fuera no llamaría a este programa.

—También es posible que esté usted nerviosa.

—No, tengo una voz horrible.

—No lo crea, querida amiga. Yo misma, que me dedico a la radio, siempre tuve la peor opinión de mi voz. De pequeña, hacía pruebas con una grabadora y al oírme no me reconocía.

—Tampoco yo.

—Suele suceder. Así que no haga caso y cuéntenos... Un problema complicado el suyo, tal vez. Relájese, está entre amigos.

—¿Entre amigos?

—Los solitarios de la noche están siempre dispuestos a ayudarse, amiga mía... Confíe...

—Esta mierda de voz...

—Bueno, un poco afónica, sí, tal vez se encuentra usted algo acatarrada. Nada de particular... Pero cuéntenos, por favor...

—Envidia tu voz, Almudena.

—Gracias.

—Envidia tu voz. No creas que es un piropo gratuito, un halago interesado; la envidia.

—No sé... Si le gusta mi voz, me siento halagada, debo agradecerse. Nada más... Pero las voces también se trabajan.

—Si soy más sincera, no es que me guste especialmente tu voz, es que no me gusta la mía.

—Gracias de todas maneras, pero...

—Pero qué...

—Bueno, no sé... ¿El problema que quiere contarnos es que tiene complejo de mala voz?

—¿A qué llamas tú complejo?

—No sé, querida amiga, yo no soy psiquiatra...

—No creo que necesites serlo para eso.

—Bueno, pues no, lo siento... Debo recordarle, eso sí, que hay más oyentes que quieren intervenir, que necesitamos tiempo, que esperamos con todo interés que nos expongan ustedes sus preocupaciones.

—¿Te parece poca preocupación la mía?

—Bueno, según vemos, lo que nos quiere contar usted es que su voz la hace infeliz y desea seguramente conocer otros casos de personas a las que su propia voz les haya generado motivos de infelicidad, ¿no es eso?

—Debe de parecerle una frivolidad, porque como tú tienes esa voz...

—No, por Dios, nada de lo que nuestros oyentes cuentan me parece una frivolidad. Su voz, además, a medida que la escucho, me parece cada vez más personal; quizá algo grave y por eso muy particular.

—Rara...

—Bueno... Tal vez sí, en el mejor sentido...

—Podría estar falseándola.

—Podría hacerlo, pero no llego a entender qué sentido tendría la falsificación.

—Muy sencillo: que no os rierais de mi verdadera voz.

—Pero ¿cómo puede llegar a pensar eso? Gracias... No sé cómo llamarle...

—Da lo mismo. Escucha...

—La escucho con la mayor atención.

—Me miró fijamente desde el autobús, Almudena —confesó la oyente como quien se siente urgida—. Me miró fijamente —insistió, suavizando un poco su voz—, sabía que era yo.

Se hizo un silencio y la locutora intentó otra vez sin éxito que la oyente diera su nombre:

—Pero, dígame, ¿quién es usted?, ¿desde dónde nos llama? —Fue inútil—. ¿Con quién hablo?

Nada. La oyente siguió a lo suyo, sorda.

—Sí, Almudena, como te digo, me miró muy fijamente. Me miró impertérito, con rostro impávido... ¿Puedes creer que sin el menor atisbo de sorpresa? Los ojos fijos en mí, pero ni triste ni alegre, como si fuera lo más natural descubrirme circulando por Príncipe de Vergara, camino del Retiro, treinta años después de habernos visto por última vez.

—Bueno... Una agradable sorpresa, ¿no? —quiso celebrar la mujer de la radio en la noche. La otra persistía.

—No esquivó la mirada. Hay miradas que no engañan —recalcó—. Seguro que me reconoció por mucho que yo haya cambiado; que he cambiado, no te digo que no; he cambiado mucho.

—Pero, dígame, oiga... ¿Desde dónde llama, por favor? ¿Cuál es su nombre?

La mujer no atendía al ruego de Almudena. Que no le preguntaran a ella por qué estaba tan segura de que la miraba, pero estaba convencida de que él la había reconocido; era difícil explicar con exactitud los motivos de su convicción, pero estaba convencida. Es verdad que ella llevaba muy distinto peinado, que su atuendo era ahora mucho más formal; quizá él no la hubiera imaginado nunca con la chaqueta cruzada que llevaba ese día, un pañuelo al cuello que apenas permitía ver su collar, no precisamente de bisutería, unos pendientes largos de Berao, de plata, el pelo irreconocible para quien retuviera la imagen de su juventud... Es verdad todo eso, pero por mucho que hubiera cambiado la reconoció...

—Me reconoció, Almudena, me reconoció...

—¿Y usted se llama, por favor...?

Nada. Ella, erre que erre:

—Ni un gesto con las manos ni una sonrisa, igual que si mirara a cualquier transeúnte —siguió explicando su encuentro—. No con indiferencia, porque de haberme observado con indiferencia no hubiera insistido tanto en la mirada.

Almudena parecía renunciar ya a que la oyente se identificara. Trataba en vano de hacerse con el control de la conversación. Cada vez que intentaba preguntarle algo, su voz se superponía a la de la obstinada participante.

—Él era él, desde luego; era él, era Mateo.

No tuvo tiempo de precisar las arrugas de su cara, que le pareció la misma, aclaró a la locutora; una cara intacta, enjuta, un poco macilenta, pero sí observó el descuido: la misma cara de antaño, aunque sólo lo viera casi del torso para arriba, y ni siquiera eso; su pelo era el de siempre, como si no hubiera pasado la moda por él, largo como entonces; un jersey con cuello de cisne, igual al del pasado, como si fuera el mismo de su juventud; cierto desaliño, sí; el desaliño de los que se han quedado anclados en el 68.

—Para ser tan fugaz esa visión, no se le escapó a usted un detalle —logró decir la locutora.

Y no. Esta vez sí pareció escuchar a Almudena, aunque no le dejó decir mucho más. La escuchó y se dispuso a contestarle. Entró en detalles sobre aquel encuentro, detalles en los que le pareció mentira que hubiera tenido tiempo de detenerse cuando en realidad, aclaró, había transcurrido poquísimo tiempo entre el momento en que ella giró la cabeza, a la buena de Dios, al buen tuntún, sin esperar sorpresas —estaba a la altura de la calle Hermosilla—, y pasó el autobús. Levantó ella la mirada porque sí, miró,

lo vio, y transcurrieron unos escasos instantes en los que el autobús se detuvo ante el semáforo de la esquina con Príncipe de Vergara, que por eso corrió ella, aprovechando la parada, hasta conseguir confirmar que era Mateo el que la miraba.

—Sí, sí, está claro que la miraba —ironizó la locutora con un tono de paciente resignación—. Pero aún no sabemos, amiga, querida amiga, quién nos habla.

—Terminé riéndome de mí misma, Almudena. —Rio, esta vez en la radio, a carcajadas—. Daba risa verme correr tras el autobús como si quisiera tomarlo en marcha. Como si de repente hubiera rebrotado en mí aquella perdida espontaneidad de la juventud que me permitía moverme sin pensarlo, correr sin saber por qué, reír o cantar viniera o no a cuento. El tiempo me ha hecho muy comedida —prosiguió—. Tú no te imaginas cómo era yo antes... Muy comedida —hablaba con mucha rapidez, cada vez más rápido, y con algunos cambios en la espesura de su voz, a veces de forma casi ininteligible, con prisa por contarle todo—, tan comedida —siguió— que a pesar de haber corrido no me atreví a gritar su nombre: «¡Mateo, Mateo...!» Aunque, ¿para qué?, daba igual, no me hubiera oído, pero es verdad que el tiempo se ha llevado una cierta inconsciencia que echo en falta. Seguro que a él no le ha ocurrido, parecía el mismo —suspiró. Y como si lo estuviera viendo en el pasado, evocó—, él siem-

pre fue un poco severo; no severo con los demás, consigo mismo, como si estuviera arreándole a su conciencia sin parar. Seguro que sigue así.

—Bueno, pues... —Almudena buscaba sentido a aquella conversación—. ¿Su nombre, amiga, por favor? —remarcó la pregunta con visos de que su paciencia acababa allí—. Su nombre, venga...

—Mi nombre, mi nombre, qué obsesión con el nombre, qué antipática. No me cortes el hilo, te lo ruego.

—Prosiga, prosiga —accedió la locutora, como atendiendo a la indicación de alguien desde el control del programa, como si renunciara a su pesar a acabar con aquella conversación.

Y la oyente, que parecía haber logrado bula para retomar el hilo de su relato por donde quisiera, contó que había avanzado hasta la calle Goya a paso ligero, igual que si persiguiera a alguien o la persiguieran a ella, pero sin saber adónde de verdad iba.

—A algún sitio iría —dijo por decir la resignada locutora.

—Sí, claro... Iba a encontrarme con un cliente, a hablar de la reforma de un piso en Claudio Coello...

—¿Es usted decoradora?

—¿Decoradora? —pareció ofenderse—. Soy arquitecta, pero qué más da...

—¿Arquitecta? —preguntó con sorpresa la locutora.

—Sí, arquitecta, qué más da. ¿No dices que estás aquí para escuchar, Almudena? Pues escucha, escucha.

Almudena no disimuló la burla en su respuesta:

—Quedo a su disposición —dijo, irónica.

—Pues te decía que iba con el tiempo justo, mascullando las ideas, pasando de pensar en las explicaciones del proyecto a meterme en mis preocupaciones familiares, que si no eran muchas eran al menos delicadas; yo iba de una cosa a otra, como siempre, pero tuve de pronto la impresión de que caminaba hacia ninguna parte. Quizá por eso detuve mi marcha y una vez llegué a Goya preferí entrar en California, 47, qué algarabía, qué ruidos a esas horas, y pedir un café, y dejarme invadir por los ruidos, los humos, los olores a churros y tostadas, qué rico...

—Sí, son riquísimos los churros de California...

—Déjame, hija, déjame, déjame que te diga lo que buscaba allí...

—¿Y qué buscaba allí?

—Reparar minuciosamente los detalles de mi sorpresa, eso es lo que buscaba.

Tuvo que entrar al lavabo de la cafetería no por otra necesidad que la muy imperiosa de mirarse al espejo. Se retocó los labios, dio un toque al maquillaje y en esa misma operación, más que coqueta, afectada, señorona, se reconoció distinta: Mateo nunca la vio con mejunjes en la cara, aquella cara de mosquita

muerta, de virgen por estrenar con la que no había acabado del todo. No iba a eso a la *toilette*, no iba a repintarse, no, se hubiera desmaquillado con gusto; iba solamente a mirarse al espejo, a tratar de comprobar lo que había cambiado, pero la vecindad de otra mujer que la miraba le hizo meterse en faenas de retoque. Y fue en esos retoques, aparentemente rutinarios, donde percibió los gestos distintos, los gestos de la mujer convencional que nunca pensó que llegaría a ser. O la que no era, porque a pesar de todo, se dijo, tenía un modo peculiar de vestir. «Qué raras sois las arquitectas», le decía su madre. «Pues mira que los arquitectos...», le contestaba ella.

Su padre era arquitecto. Mateo iba para arquitecto. Y ella también. Y lo consiguió. Mateo, no.

—Cada uno ha hecho su vida —le explicó a Almodena—. Él era pusilánime, demasiado pusilánime para mi gusto, pero tenía siempre a punto la palabra exacta para describir lo que veía, lo que pensaba, no tanto lo que sentía; para la expresión del sentimiento era más hermético, pero no para contar lo que soñaba. Era muy soñador, muy imaginativo. Por eso quería ser arquitecto, porque soñaba con palacios, con casas, con templos, con modos de cambiar los espacios; transformaba la ciudad en los sueños o recuperaba la ciudad perdida.

—Ya está, ¡un soñador...! —quiso bromear la locutora—. ¿Y usted no soñaba?

Ella no soñaba, ni quería ser arquitecta, pero por atraerlo se inventaba los sueños y después supo o creyó que ésa al fin y al cabo era una forma de soñar. Tanto que después, muchos años después, si recordaba todavía Segovia como una ciudad soñada era porque Mateo se la enseñó desde la Vera Cruz, no como la ciudad que era, tan hermosa, sino como la que fue y la que podría haber sido.

—Al menos sabemos ya que nos llama usted desde Segovia...

—¿Desde Segovia...? ¿Quién te ha dicho a ti que llamo desde Segovia? Eso es el pasado, niña...

—Bueno... Pues no sé cuándo piensa usted acabar, pero si como indica el título de este programa, suya es la palabra, también lo es de muchos otros oyentes a los que le ha quitado usted el tiempo, querida anónima.

Ella tenía que contar como fuera que llegó tarde al piso de Claudio Coello que quería reformar, sin ganas de defender su proyecto ante el cliente, como si careciera de pronto del entusiasmo que solía poner en su trabajo y aquel trabajo le pareciera una indignidad, algo que no se correspondía con la vocación que había nacido de su juego con Mateo; tan ambiciosa, tan imposible, una furia por derribar lo que veía e imaginar lo que jamás se podría hacer. En los sueños de Mateo y en los que ella se inventaba había una especie de magia que no necesitaba de

cálculos ni de superar obstáculos o gastos, a veces tan sólo de un dibujo, y Mateo dibujaba espléndidamente, aunque nunca quedaba conforme con sus dibujos.

—Decía que los dibujos matan la imaginación, que sólo dibujaba para contarme a mí los sueños. O sea, que mejor contar los dibujos sin llegar a hacerlos.

El cliente le dijo que la encontraba cansada, no le dijo que ausente, pero estaba ausente, trasladada al recuerdo de aquel entusiasmo, el entusiasmo de la que no sabía qué iba a hacer después del bachillerato y resolvió ser arquitecta pensando que era una carrera para soñar, no para complacer los sueños mediocres de personas como su cliente, no para discutir con ellos la distribución de los espacios domésticos. No, no estaba cansada, estaba en Segovia treinta años antes, cuando aún ignoraba los inconvenientes de aferrarse a sueños, cuando empezaba a tener algunos ideales sin pensar en que la vida es renuncia y elección.

«Para ser arquitecto no hace falta hablar tanto», le dijo un día a Mateo, pero no con ganas de que dejara de hablar sino por temor a que su propia falta de facilidad para expresarse como lo hacía Mateo le impidiera ser una buena arquitecta. «Para ser arquitecto hace falta pensar —le respondió Mateo—, y luego explicarse.» Ella tardó en comprobar que a

veces no tenía una cosa ni la otra. Le faltaba capacidad para explicarse con su cliente; «no me encuentro bien», le dijo. «No, si ya se ve, no sé para qué ha venido.»

Cuando iba hacia allí no contaba con que una mirada desde un autobús la trasladara de pronto a su pasado, como una ingenua, como la que fue, o la que añoraba seguir siendo; una joven perdida que se abriera paso de pronto en ella, no sabía si descontenta con lo que la vida le había deparado. Toda Segovia venía a su mente, explicó, hablando cada vez más deprisa, muy deprisa, como si con eso lo resolviera todo, como si así respondiera a la ironía de la locutora que le había advertido con sorna de que *Suya es la palabra* no era un programa para arquitectos, que los arquitectos, tan exquisitos, dijo, ocupan estas horas de la noche en otras cosas.

Toda Segovia vino a su mente, insistió, después de que su cliente —«usted está mal, usted está mal; márchese a su casa, hablaremos cuando pueda», repetía— la despidiera entre la cortesía, la compasión y la contrariedad. Tuvo la impresión de haber malogrado el encargo, no sabía bien qué le había contado al nuevo rico que no veía la hora de cambiarse de su casa actual, en Navalcarnero, al barrio de Salamanca, y sufría las dilaciones de una arquitecta incapaz, titubeante, ajena.

—Por favor, no la entiendo —se quejó Farizo—,

se extiende usted ahora en unos pormenores que no nos interesan...

—Claro, cómo te va a interesar nada si llamas pormenor a lo que está muy lejos de ser un pormenor.

—Me dicen mis compañeros que se está cargando usted el programa, y tienen razón. Vaya acabando, por favor...

—Ah... O sea, que no le interesa a nadie que mi cliente no fuera precisamente un hombre exquisito, que se tratara de un antiguo rojo al que la fortuna le había cambiado la ideología pero no el gusto, eh... Eso no interesa, claro. Bueno, pues a lo que iba... Yo seguía pensando en lo que seguía pensando, en el pasado, aunque no por el puro pasado sino por rescatar lo que hubiera podido perder sin necesidad, por superar la incomodidad de mi nueva vida o la insatisfacción de la rutina que te va dando la vida cumplida. A lo mejor por la tibieza que trae el tiempo o incluso por el sexo, hecho también rutina, que eso sí interesa a tu programa, Almudena. ¿O no?

La locutora no contestó.

A la irreductible comunicante anónima le parecía absurdo que aquel bajón le viniera —porque era un bajón lo que sintió tras la mirada de Mateo desde el autobús, una pequeña depre, lo que se quiera, una rara inestabilidad— por una mirada que percibió en un autobús de repente y que era la mirada

del propio pasado. Como si desde su mirada intemporal, de estatua, Mateo, al que amó, pero que no la amó a ella, le ajustara cuentas.

—No siempre ajusta cuentas el que ama sin ser correspondido, también el que es amado sin quererlo. Pude haberme dado cuenta de que Mateo no quería ser amado, pero no me di cuenta; lo quise como era, sin importarme que me quisiera o no; mejor dicho, de tan ensimismada, sin exigir evidencias del amor. «Ya sé que no me quieres», le decía yo; «pues no, pues sí, pues da lo mismo». No, lo mismo no; sí, lo mismo.

Hizo una leve pausa en su carrerilla inacabable y se oyó un murmullo de cansancio de Almudena, que intentó proseguir.

—Una bonita historia de amor... —En vano quiso poner cierre la locutora a la larga intervención de su comunicante.

—No te he contado de la misa la media...

—Una historia de amor —se impuso Almudena, tajante— para un programa en el que muchas veces se habla del amor a cara destapada.

—A cara destapada lo he hecho yo...

—No hemos sabido su nombre...

—¿Y para qué? Mejor tendrías que preguntarme qué pasó al final con Mateo.

—Yo no le pregunto nada —contestó, con la incomodidad que le producía la pérdida de las rien-

das del programa—, porque si le pregunto no sé dónde voy a encontrar el tiempo para que escuchemos una larga respuesta, si es que la hay.

—Te responderé brevemente: Mateo desapareció de la noche a la mañana y desde entonces lo buscaba.

Mateo era otra cosa, pertenecía a otro mundo. Aunque en Segovia todos los mundos se encontraban en la Plaza Mayor, lo mismo los expendedores de droga que los aristócratas estirados o los estirados sin aristocracia, lo mismo las pijas que puteaban que las putas disfrazadas de pija; todos se detenían en la plaza, menos los curas, que iban siempre a lo suyo o que parecía que iban a algo, y repasaban con la mirada a los reunidos en La Concepción, todos con una copa en la mano, antes de entrar en la catedral o de dirigirse a algún convento. El jefe provincial del Movimiento también pasaba por allí; el señor gobernador era muy cercano, era campechano el gobernador franquista; ante él sí se detenían los canónigos. Pues bien, donde estaba Mateo estaba también Fali —su desvirgador, dijo—, como estaba el Puto, un homosexual de calva temprana y muy rotunda, que amenazaba siempre con destapar algo, como si supiera mucho de todo y de todos, una co- raza para defenderse pero un riesgo para aquel silencio provinciano donde él registraba las miradas de las infidelidades o de los trapos sucios. Podían

encontrarse Mateo, Fali, el Puto y quien fuera; hasta el Aborigen, cabecilla de delincuentes con un corazón enorme en quien todo el mundo confiaba para que le recuperara la radio del coche cuando les desaparecía. Pero insistió en que Mateo era distinto.

—Supe después que Mateo terminó de cura, pero en el autobús no iba vestido de cura, bien es verdad que ya los curas no visten de curas. Ni todos los curas tienen cara de curas. La cara de Mateo en el autobús era la misma, pero no cara de cura. Suave, afable, blanda, si se quiere, pero de cura no.

La misma cara de hacía treinta años, la que ella buscaba; no porque buscara quizá una cara como aquélla sino porque huía de otras caras, de la tosquedad de los rostros de aquellos machotes de su pequeña ciudad, cuyas facciones viriles tanto le atrajeron hasta que le dieron miedo, un miedo que la seguía acompañando. La cara de Mateo no era angelical y sus ojos azules tan grandes (tuvo tiempo de comprobar incluso que no le habían disminuido) eran capaces de iluminarse más y sonreír con ellos, unos ojos que hablaban. Pero aquella mañana no hablaron los ojos de Mateo desde el autobús, como si con su silencio quisieran castigarla, reiteró. Aunque no hubiera razón para ese castigo.

—Ahora que sé que lo tengo a mano no voy a anunciar aquí lo que me propongo hacer con él.

—¿Cómo? —Almudena percibió una vaga som-

bra de amenaza—. Ahora comprendo —un aire de sospecha envolvió la frase— por qué no ha querido dar su nombre...

—¿Por qué?

—Porque lo mismo persigue usted una fechoría erótica que una venganza en toda regla.

—Me llamo Alma —masculló de pronto y por sorpresa.

—¡Alma, Alma...! —exclamó Almudena—. Parece un nombre inventado —desconfió.

—¿Inventada yo...? Inventada serás tú, mona. Además, ¿está prohibido en este programa inventarse los nombres?

—¡Alma...! ¿Sólo Alma?

—¿Te parece poco? Si quieres le añades Patricia. ¿Qué te parece Alma Patricia?

—No, Alma, no; suya es la palabra. Además, es un nombre muy hermoso, Alma.

—Más que un nombre es un compromiso.

—Si usted lo dice...

La sintonía general del programa —en primer plano el *adagio* de la sinfonía concertante para oboe, clarinete, trompa y fagot de Mozart— apagó todas las voces de la noche y se escuchó en seco el indicativo de Radio Nueva: «La emisora que usted escucha, la que más se escucha, en un programa hecho por usted para usted.»

Almudena Farizo se despidió hasta el día siguiente.